

Primera mujer jefa de Gobierno en un país islámico, Bhutto siempre tuteó a la muerte

La esperanza de Occidente

RAFAEL RAMOS - Londres. Corresponsal

LA VANGUARDIA, 28.12.07

La líder pakistaní abrazó el progreso y el nepotismo, la modernidad y el islamismo moderado

Con Benazir Bhutto ha muerto no sólo la líder de la oposición pakistaní, la primera mujer que llegó a primera ministra de un país islámico en tiempos modernos y una musulmana moderada, moderna y chic, sino por encima de todo la gran esperanza de Occidente para estabilizar un país explosivo desde cuyas entrañas operan Al Qaeda y los talibanes, siempre a un paso de la guerra con India y poseedor de la bomba atómica.

Bhutto, de 54 años, tuteó siempre a la muerte: vio como su padre era ejecutado en 1979 por el régimen del general Zia, su hermano Shahnawaz aparecía misteriosamente muerto en la Riviera francesa en 1985 y su otro hermano, Murtaza, era asesinado en 1996 tras regresar a Pakistán después de un largo exilio en Afganistán y varias capitales de Oriente Medio. La líder del Partido Popular de Pakistán (PPP) ya sobrevivió en octubre a un atentado en el que murieron 140 personas, pero ayer esa confianza con las fuerzas negras de la destrucción le resultó fatal.

Dos veces primera ministra, y en ambas ocasiones destituida bajo acusaciones de corrupción que nunca fueron probadas, la política pakistaní - último eslabón de una dinastía como los Nehru-Gandhi de India, y a otra escala los Bush en Estados Unidos- personificaba la ambigüedad moral de un país que ya nació bañado en sangre, consecuencia de la chapuza y el egoísmo colonial de los británicos, donde los juicios resultan siempre prematuros, las alianzas son complejas, nada es blanco o negro y la única verdad absoluta es, según el dicho catalán, que *no hi ha un pam de net*.

Bhutto ha muerto mártir para unos, traidora para otros, abrazada al progreso y al nepotismo, a la vez antorcha de los frustrados sueños modernizadores de Pakistán y cómplice de los designios de Musharraf para hacer la transición de dictador militar a líder civil. No agradaba a muchos de sus seguidores la idea de la cohabitación con un soldado nacionalista y pragmático de frágiles convicciones democráticas y amigos en las mafias locales que maneja con una mano a EE. UU. y con la otra a los talibanes, prooccidental pero con elementos radicales islámicos de mucho calado infiltrados en su policía, su ejército y sus servicios secretos, que se limita a hacer el paripé cuando Washington le ordena redadas contra los integristas que habitan la impenetrable zona montañosa fronteriza con Afganistán y que pese a sus contactos no ha podido dar con el paradero de Osama bin Laden donde quiera que se refugiara tras el 11-S. Benazir Bhutto nació en 1953 en la provincia de Sind, estudió en Harvard y Oxford, y quería ser diplomática antes de convertirse a regañadientes a la política bajo el manto de su padre, Zulfikar Ali Bhutto, primer ministro democrático de Pakistán a principios de los setenta. En el punto más alto de su popularidad, joven, glamurosa y tocada por la tragedia, fue una de las más reconocidas líderes

femeninas del mundo, antídoto para el machismo abrumador de un país islámico.

Fue encarcelada antes de la ejecución de su padre, y se pasó cinco años en prisión. Al salir estableció en Londres una oficina del PPP, paso previo a su regreso a Pakistán y su victoria en los comicios que siguieron a la muerte del general Zia. Fue primera ministra entre 1988-1990 y 1993-1996, y fue destituida ambas veces por cargos de corrupción contra ella y su marido, Asif Zardari, cuya veracidad es imposible saber en un país de chanchulleo endémico y profundos antagonismos políticos.

Sus dos administraciones fueron generosas en retórica y cortas en resultados, y desde finales de los noventa vivía exiliada en Dubai con sus hijos (y su marido desde que cumplió su condena en el 2004), desde donde viajaba a menudo a Londres y otras capitales occidentales para dar conferencias y renovar sus armarios en Madison Avenue o New Bond Street. En octubre, tras un presunto pacto con Musharraf, regresó a Pakistán y en seguida fue víctima de un atentado que ella misma atribuyó a los integristas islamistas que veían a una mujer occidentalizada y secular como una amenaza para su manera maniquea de interpretar la fe y la sociedad. EE. UU. contaba con ella para neutralizar el integrismo y legitimizar la guerra contra el terror, pero la estrategia ha quedado truncada, igual que su vida.